

13 de de julio 2016

A la atención de Mons. Vincenzo Paglia
y del personal
del Pontificio Consejo para la Familia

Desde 2004, vivimos una hermosa experiencia de Iglesia como miembros del Pontificio Consejo para la Familia. En aquel momento fue una gran sorpresa para nosotros que el Papa Juan Pablo II nos propusiera ser miembros de este dicasterio.

En 1986, el Consejo nació de un primer Sínodo sobre la familia. 35 años después, el último Sínodo de la familia es portador de una nueva forma de trabajar. No pasamos la página de un libro, sino que cambiamos de libro ya que el Consejo será fusionado con el de la Vida y el de los Laicos. Nos gustaría dar testimonio del valor de esta experiencia y de los frutos que vemos a nuestro alrededor.

Lo que siempre nos ha llamado la atención en el Consejo, es esta gran cercanía de las parejas y de las familias. De una Asamblea plenaria a otra, los temas nos han invitado a estar cerca de ellas, para conocer sus sufrimientos y sus alegrías, a prestar atención a sus necesidades y a su crecimiento. Muy a menudo la espiritualidad y la expresión religiosa en todas sus formas ocupan mucho espacio, y hay poco tiempo para el crecimiento humano. A veces olvidamos que la espiritualidad y la fe se viven en una persona y para llegar a ser un cristiano no basta con ir a misa y escuchar las catequesis. El Papa Francisco no cesa de recordarnos la importancia de acompañar a las personas en su propia realidad de vida para ayudarles a encontrarse con Cristo.

Esta aventura nos ha llevado a formar nuestro pensamiento, a guiar nuestras acciones pastorales y nuestros discursos a favor de la promoción de la familia y de la pareja en nuestras implicaciones profesionales.

Siempre recordaremos aquel encuentro con el Papa Juan Pablo II, seis meses antes de su muerte. Nos hizo vivir momentos de ternura, como un padre que acoge a su familia a pesar de la enfermedad. De su vulnerabilidad, hizo un testimonio de fuerza y de valor para vivir su partida con todo el mundo, con su familia.

A menudo, cuando hablamos de "familia", pensamos en aquellas que tienen niños pequeños. El Consejo nunca se olvidó de los abuelos, adolescentes y jóvenes. La pastoral familiar es la que llega a todas las edades, ya que todos somos hijos o hijas de un padre y de una madre.

Conocer y escuchar las diferentes culturas de los cinco continentes, nos ha permitido ampliar nuestra mirada hacia una Iglesia universal que incluye a todas las naciones y a todas las culturas. Gracias a los miembros del Consejo pudimos dialogar y así descubrir que la expresión de la familia representa una riqueza para la sociedad.

El Pontificio Consejo para la Familia nos ha permitido fortalecer nuestra misión para con las familias. Nos hemos inspirado en sus orientaciones para evangelizar mejor y para acompañar a las parejas, a las familias y a las personas que sufren. Ya estamos viendo los frutos en las familias de nuestra parroquia: inscriben cada vez más a sus hijos en las catequesis. ¡Los niños invitan a sus amigos y sus padres invitan a sus vecinos o amigos! Se trata de un gran cambio ya que la fe en Jesús, en esta sociedad actual, se vive cada vez más discretamente.

La falta de acompañamiento de las personas que sufren, psicológicamente o con problemas de relación, es un grito del corazón al que no podemos responder totalmente.

Tenemos la esperanza de que la pastoral familiar sea el núcleo de la misión de nuestras Iglesias diocesanas para poder así responder al sufrimiento, a la sed de conocer a Dios, al crecimiento de las parejas y de las familias. Siempre rezamos para que las personas permitan que el Espíritu Santo obre en el mundo, y para ello, necesita nuestras manos, nuestros pies, nuestra inteligencia y nuestro corazón para cumplir plenamente la misión de Cristo.

Queremos dar las gracias a Mons. Paglia y a sus predecesores, así como a los empleados de la secretaría. Vuestro apoyo, vuestra dedicación y profesionalismo siempre nos han dejado impresionados. Gracias a todas las personas que han servido en el Pontificio Consejo para la Familia. Son testigos vivificantes de Cristo. Vuestra amistad ha reconfortado nuestros corazones. Vuestro amor por vuestra misión siempre nos ha fascinado e inspirado.

Gracias por vuestra complicidad. Formáis parte de nuestras vidas. En comunión de oración.

Guyllaine Morin y André Belzile
Miembros del Pontificio Consejo para la Familia
Levis, Canadá